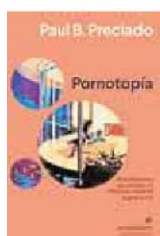


Sur 11/07/20

Devenir playboy

Este lúcido ensayo sobre un imperio en descomposición nos recuerda cómo los sueños más atractivos del capitalismo solo puede comprarlos el dinero de los ricos

CRÍTICA
JUAN FRANCISCO FERRÉ



PORNOTOPIA

Autor: Paul B. Preciado.

Editorial: Anagrama.

Páginas: 240.

Comencemos por el final. La autopsia de un hombre a punto de morir y de su modo de vida ya desfaseado. O, más bien, de una mitología centrada en la experiencia de un hombre excéntrico. Una mitología que se ha expandido como creencia colectiva y acrecentado su influencia a medida que su emporio mediático perdía peso económico y cultural. Hablo de Hugh Hefner, el 'playboy' que recalentó los rigores de la guerra fría con un proyecto fundado en la desnudez femenina y la fantasía masculina de poder fálico. Este brillante estudio proporciona argumentos suficientes para considerar a Hefner el Mesías de una religión profana, con sus templos, sus ritos, sus reliquias sagradas y sus objetos de culto. Un culto orgiástico, por cierto.

Ninguna sociedad puede funcionar sin mitos inconscientes ni imágenes seductoras. De esa necesidad funcional surgiría el imperio 'Playboy', regido por el

puro principio de placer. Dicho culto hedónico se proponía transformar al lector de la revista en un 'playboy', esto es, un hombre refinado y elegante, dueño de un apartamento diseñado a la medida de sus gustos, un espacio doméstico del que la mujer era expulsada como ama de casa y donde podía regresar solo como compañera temporal de los juegos eróticos de su propietario. Todos los productos incorporados bajo el satinado sello del conejito permitían al consumidor participar de la fantasía de organizar su vida a imagen y semejanza de Hefner, quien a través de películas, entrevistas y programas televisivos propagaba el ideario a seguir por el soltero vocacional como alternativa al infierno conyugal de la pareja procreadora suburbana.

Y es que 'Playboy' no habría tenido el impacto que tuvo en el imaginario social masculino si Hefner no se hubiera preocupado de rediseñar espacios conforme a los ideales de un celibato promiscuo y desenfadado. Los templos utópicos de este culto consumista serían, primero, las grandes mansiones construidas para albergar un orden de vida que implicaba una cierta sabiduría sobre los sueños obscenos y los deseos inconfesables que el adulto de la época reprimía desde la adolescencia. Des-

pués, los clubes exclusivos, concebidos a imitación de las mansiones como factorías de placer ilimitado, recreando un mundo libre de obligaciones y compromisos pero no exento de beneficios.

Y, por último, la creación de singulares espacios íntimos dotados del mobiliario más moderno con el fin de satisfacer las necesidades cotidianas del hombre de su tiempo. En el centro de ese espacio exhibicionista, rodeado de cámaras como un escenario televisivo, se colocaba una enorme cama giratoria de múltiples usos. En esa cama hegemónica pasaría Hefner la mayor parte de su vida, hasta el punto de contraer una lumbalgia crónica achacable al abuso reiterado de la posición horizontal.

El objeto de culto preferente en esta 'pornotopía' de estirpe sadiana eran las 'conejitas', esas adorables compañeras de juego del varón más juguetero, sin cuya omnipresencia carnal ese mundo viril se desmoronaría fatalmente. El cuerpo coreográfico de modelos y camareras que rodea siempre al hombre en pleno devenir 'playboy', subrayando su condición de tal, o la belleza desnuda que se exhibe en solitario como una promesa de felicidad paradisíaca para el comprador onanista. Fueron muchas las elegidas para representar con sus encantos los ideales estéticos de la empresa. Así, la 'playmate' fundacional fue una exuberante Marilyn Monroe y la decadencia del tipo la encarnaría, con sus excesos quirúrgicos, Pamela Anderson.

Este lúcido ensayo sobre un imperio en descomposición nos recuerda cómo los sueños más atractivos del capitalismo solo puede comprarlos el dinero de los ricos. Todos los demás se conforman con sucedáneos de bajo nivel.